



OFRECE A NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO ORO, INCIENSO Y MIRRA

Madre María Eugenia, 8 de enero de 1888

Han escuchado la palabra de Dios esta mañana. Sólo diré una palabra sobre los regalos de los reyes magos. Nosotras también debemos llevar regalos al Niño Jesús. El Oro, es nuestro voto de pobreza, y es muy sencillo. Dejamos el oro, dejamos todo, hicimos este sacrificio por nuestro Señor. Pero el oro es mucho más que eso: es un amor ardiente a Dios, la caridad donde quiera que brille, el oro embellece las cosas. Así, cuando los adornos de la iglesia se realzan con oro, son más hermosos. Pero qué diferencia del oro de este mundo a ese oro de la caridad que hace que sea tan hermosa en un alma! Sabes que, si la caridad es perfecta en el momento de la muerte, Dios no pide nada al alma. Sus defectos son borrados y sus debilidades, son perdonadas. La caridad es ante todo un amor ardiente y perfecto a Dios. Es amar a Dios por sí mismo, a causa de sí mismo. El acto de La contrición perfecta es también un acto de amor perfecto. Odiamos el pecado por amor a Dios, no sólo por los males que nos trae, sino por todo lo que ensucia el alma, y porque desagrade a Dios, le ofende. Qué una religiosa llegue hacer este acto de caridad, de perfecta contrición, cuyo motivo es el amor a Dios, es una cosa totalmente natural. ¿Qué pretendemos en la vida religiosa, sino llegar a la caridad perfecta por todos los medios posibles por la ¿obediencia, paciencia, castidad? Es por todas las virtudes que podemos llegar al amor perfecto de Dios. Este es todo el deseo del alma y el trabajo de la vida religiosa. Gracias a este amor de Dios, llegamos también al amor perfecto del prójimo. Esto es más difícil. Si Dios es perfecto, nuestro prójimo no siempre lo es. Sin embargo, San Juan dijo: *“Quien no ama a su hermano a quien ve, es incapaz de amar a Dios a quien no ve”*¹⁰. Por lo tanto, es necesario que la caridad este compuesta por el perfecto amor a Dios y el amor al prójimo. El amor, por el que se ama al prójimo como a uno mismo y por el que queremos para él todas las cosas buenas que deseamos para nosotros, debe ser un amor de celo y aceptación. Debemos saber unir las dos cosas, acoger la imperfección y el mayor celo posible por la perfección. Esto es lo que constituye la verdadera caridad. Debemos desear ser perfectas, y ayudar a los demás tanto como podamos. Todo lo que podamos. Así, corregir cuando tenemos una responsabilidad, y advertir a las superiores de las faltas que se cometen, incluso cuando esto es desagradable, es ayudar a la belleza y perfección de las almas, esto es el amor.

Por otro lado, hay que saber soportar las imperfecciones. Una persona es activa, debemos soportar su rapidez. El otro es lento; debemos soportar su lentitud. Otra es más inteligente y va más rápido que nosotros. Nuestro amor propio puede sorprenderse de esta superioridad, es un movimiento muy imperfecto, si no se corrige. Esta no es inteligente, es torpe, su trabajo está mal hecho: estaríamos tentadas de ser impaciente con ella. Estoy tomando deliberadamente cosas que no desagradan a Dios y que pueden ser ocasiones de conversión para nosotras.

No nos impacientemos, sino que busquemos siempre remediar el mal por el celo de la perfección en la casa de Dios.

Pero fíjense bien, hermanas mías, que, si se permite buscar el bien de nuestro prójimo por medio de advertencias, la caridad nunca debe permitirnos juzgar, examinar al prójimo: *"No juzgues para no ser juzgado"*,¹¹ dice Jesucristo.

Ustedes dirán que aquí hay una cierta contradicción. No, hermanas mías, debéis advertir a las superiores, pero sólo de las faltas que saltan a la vista. Así, usted está en la enfermería, puedes decir: "No hacemos suficiente silencio en la enfermería." "Estás a cargo del trabajo de las hermanas que no son de coro tienes la obligación de cuidar y decir "Tal trabajo está descuidado." "Esto no significa que se juzgue a las hermanas.

Pero decir: "Tal hermana no hace bien las cosas, es orgullosa (lo cual no es asunto tuyo es impaciente, no trabaja bien", Nunca debes juzgar a las hermanas. Que una superiora, una maestra de novicias se diga a sí misma: "esta hermana no tiene suficiente energía para trabajar, no es humilde, es demasiado caprichos", esa es su responsabilidad

Pero no te toca a ti hacerlo.

Busca en los actos de caridad hacia tu prójimo aumentar tu amor a Dios. Dios te amará más si te ejercitas en la bondad, la paciencia y el celo hacia los demás. Celo no sólo por las hermanas, sino por los niños y por todas las almas en general.

Tampoco debemos juzgar mal a los niños, dar a conocer sus faltas sus defectos. La educación que les damos debe tender a corregir sus defectos, para que se asemejen a nuestro modelo que es nuestro Señor Jesucristo.

Debemos rezar mucho por ellos y por todas las almas, para obtener su conversión.

Debemos afligirnos cuando se alejan de Dios, y alegrarnos cuando se acercan a Dios, eso es la caridad. No tendríamos el verdadero amor si no deseáramos la salvación y la santificación de las almas.

He hablado del oro. Sólo diré una palabra sobre la mirra. Todas ustedes saben

Que ella significa mortificación. Debemos ofrecerla a nuestro Señor,

incluso en los días de fiesta y de recreo. En cada ocasión, debemos estar vigilantes sobre sí mismas y mortificar todo movimiento de impaciencia, toda palabra imperfecta. Esto es lo que puede ocurrir y presentarse en las circunstancias actuales, ya que no es el momento para otras austeridades.

El incienso es la oración, la adoración. Es lo que el alma ofrece a Dios, Siempre que lo adora y le rinde homenaje. Intenta no perder el tiempo que podrías utilizar en la adoración. Reza, incluso mientras trabajas, cuando vas y vienes. Que tu alma ofrezca siempre a Dios ese incienso de la oración que te obtendrá el oro de la caridad.

Recordáis la oración que Sor María Marta dirigió a Santa Marta y a Santa Magdalena, a las que se encomendó: "Tú, que has amado tanto a nuestro Señor en la tierra, alcánzame la capacidad de amarlo perfectamente, al menos antes de que muera. Este sentimiento, este deseo, esta oración de amar perfectamente a Dios antes de morir, lo encontré frecuentemente expresado por las hermanas a las que yo misma asistí en este último momento. La hermana Marie-Catherine (la primera) también dijo: "Dios mío, veo que esta enfermedad será la última. Que ahora adquiera todos los grados de amor que podría haber obtenido durante una larga vida.

Es la perfección del amor que el alma desea antes de dejar este mundo. No esperemos a nuestra última hora para obtener esta gracia. Pidámosla hoy, y que Dios nos conceda, antes de dejar este mundo, todos los grados de amor y toda la perfección de la que sea capaz nuestro corazón.

10. 1 Jn 4, 20.

11. Mt 7, 1.